

LECTURAS SOBRE *EL PRÍNCIPE* Y ALGUNOS CONSEJOS DE MAQUIAVELO A LOS GOBERNANTES*

Por Allan R. Brewer-Carías

Profesor emérito, Universidad Central de Venezuela

Niccolò di Bernardo di Machiavelli (Nicolas Maquiavelo), terminó de escribir *El Príncipe (De Principatibus)* en Florencia en 1513, una obra que si bien es considerada como el primer libro de ciencia política de la edad moderna, en realidad, su texto es un conjunto de reflexiones redactadas como producto de su observación directa sobre lo que hacían los hombres de gobierno de su época (los Príncipes), basadas además en su conocimiento de la historia, y en todo caso, en general, sin formular juicios de valor alguno sobre lo que debían hacer.

El Príncipe, - que no fue el primer de Maquiavelo, ni su único libro – se lo dedicó, como regalo, “al Magnifico Lorenzo di Piero de Medici,” quien siendo hijo de Pedro de Médicis y nieto de Lorenzo El Magnífico, comenzó a gobernar Florencia el mismo año cuando circuló el libro (1513), conformando su contenido, un conjunto de consejos para los gobernantes, fruto de su “conocimiento de los mayores y mejores gobernantes que han existido”, y que – como dijo en la dedicatoria a Lorenzo II - había:

“adquirido gracias a una dilatada experiencia de las horrendas vicisitudes políticas de nuestra edad, y merced a una continuada lectura de las antiguas historias. Y luego de haber examinado durante mucho tiempo las acciones de aquellos hombres, y meditándolas con seria atención, encerré el resultado de tan profusa y penosa tarea en un reducido volumen, que os remito.”

* Trabajo para el libro homenaje a Libardo Rodríguez.

En esta forma, en la propia dedicatoria, Maquiavelo precisó el alcance y razón del libro, cuyo objeto no fue otro sino “discurrir sobre la gobernación de los príncipes y aspirar a darles reglas.” En política, decía, sucede algo semejante a lo que ocurre a los pintores:

“Los pintores que van a dibujar un paisaje deben estar en las montañas, para que los valles se descubran a sus miradas de un modo calor, distinto, completo y perfecto. Pero también ocurre que únicamente desde el fondo de los valles pueden ver las montañas bien y en toda su extensión.”

Por ello, decía que si bien “*para conocer la naturaleza de las naciones, se requiere ser príncipe; para conocer la de los principados conviene vivir entre el pueblo*”.

Esta última perspectiva fue la que escogió Maquiavelo: conocer la naturaleza del gobierno y de los gobernantes de su época desde la posición de observador, deduciendo, de su observación, reglas de conducta o consejos, en un todo como un “*proyecto de reconstrucción nacional*”.

La parte más conocida y comentada de *El Príncipe* es la que contiene el Capítulo XVIII, que refuerza la teoría de *la razón de Estado* como justificadora del Poder y su mantenimiento, y que se resume en la famosa regla o proposición de que el príncipe debe dedicarse:

“A superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si logra con acierto su fin se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo...”

De allí la famosa frase de que a los efectos de conservar el poder “el fin justifica los medios,” la cual, por lo demás, no se encuentra en esa forma literal en el libro de Maquiavelo. Sin embargo, la expresión “maquiavelismo” quedó inscrita en el léxico político para explicar esa política.

I. EL LIBRO Y LA VIDA EN EL ENTORNO DE MAQUIAVELO

La idea central de la conservación del poder como motivación que debe guiar a todo gobernante es una de tantos consejos derivados de la praxis política que contiene el libro de Maquiavelo, el cual, por supuesto, se refería a la vida política de finales del siglo XV y comienzos del XVI, en una de las

tantas Ciudades-Estados o imperios europeos que estaban signados por una rígida estratificación y desigualdad social.

Recuérdese, por ejemplo, que en Florencia se podían distinguir tres grupos sociales importantes: en el *lugar superior* estaban, por una parte, la aristocracia, compuesta por los *nobili*; los *ricchi*, que eran los hombres más ricos de la ciudad; y los *principal* o los *grandi*, que eran los primeros ciudadanos que controlaban el poder; y por la otra, los *uomini savi*, los hombres de experiencia, acostumbrados a ejercer el poder.

En el *lugar intermedio* estaban los *mezzani* o *popolari*, es decir, el común, compuesto por hombres de medios moderados, trabajadores, artistas e, incluso, los servidores públicos asalariados, como lo fue el propio Niccolò Machiavelli.

Y por debajo de los *grandi* y de los *mezzani* estaban las masas, *la población más grande de las ciudades*, denominada los *poveri*, *plebe* o *infima plebe*, es decir, los servidores domésticos que incluía un número sustancial de esclavos importados del Este por los venecianos y genoveses, y los aprendices y trabajadores diversos. Esta clase estaba excluida de toda participación en la vida política de las ciudades, y estaba totalmente sometida, oprimida y explotada; en definitiva, ignorada.

Maquiavelo, por supuesto, escribió refiriéndose sólo a los *grandi* y a los *mezzani*, como si fueran la totalidad de la población de la ciudad.

Pero en relación con ellos, sin embargo, advirtió que era “necesario saber que hay entre los príncipes como entre los demás hombres, tres especies de cerebros”: En *primer lugar*, los que calificó como “ingenios superiores” que “piensan y obran por sí y ante sí”; en *segundo lugar*, los que llamó “talentos estimables” que son “poco aptos para inventar, poseen sagacidad selectiva en el atenerse a lo que les proponen otros”; y en *tercer lugar*, los que consideró que eran “como si no existieran”, que “no conciben nada por sí mismos, ni nada tampoco sacan en limpio de ajenos discursos”. (XXII, 140).

En todo caso, lo que explica la riqueza del libro sobre la política de la época, como producto de la observación y del conocimiento, es ante todo el hecho de que la vida de Maquiavelo coincidió con una de las épocas de transición más espectaculares de la historia de la humanidad, aquélla que

marcó el paso entre la Edad Media y la Edad Moderna, coincidente con el Renacimiento y el Descubrimiento, es decir, con el inicio de la conquista de América.

Maquiavelo, en efecto, nació en Florencia en 1469, y falleció en la misma ciudad a los 58 años en 1527. El *Príncipe* se divulgó en 1513 y se publicó en 1532, después de su muerte. El año de su nacimiento coincidió con el ascenso al poder de la ciudad-Estado de Florencia, de Lorenzo *El Magnífico* (1449-92), hijo de Pedro I el Gotoso (Piero, 1414-69), de la familia Medici, la cual venía gobernando la ciudad desde 1434. El gobierno de la familia se extendió hasta 1737, con la sola interrupción de dos períodos republicanos, el primero entre 1494 y 1512, durante el cual se desarrolló buena parte de la vida activa de Maquiavelo trabajando en la cancillería de Florencia, y el segundo, que comenzó el mismo año de su muerte, en 1527 y que duró hasta 1530.

En el mismo año de su nacimiento, en 1469, se casaron Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, los Reyes Católicos, con lo que puede decirse que se había iniciado el lento proceso de estructuración de un Estado nacional, precisamente a partir de la Unión de los Reinos de Castilla y Aragón. El Rey Fernando, incluso, sería uno de los príncipes modelo de Maquiavelo, cuyas ejecutorias fueron ampliamente tratadas en su libro.

El tiempo de Maquiavelo, por tanto, fue el de las conquistas portuguesas por las costas de África, quienes para 1471 ya habían llegado a Guinea, hasta que en 1512 descubrieron las Islas Molucas en el Océano Pacífico y en 1514 llegaron a China. Fue además el tiempo en el cual los españoles no sólo concluyeron la reconquista del territorio de la Península con la toma de Granada en 1492, el mismo año de la muerte de Lorenzo de Médicis, sino que después de conquistar las Islas Canarias, emprendieron la conquista del Nuevo Mundo con los viajes de Cristóbal Colón. En 1513, cuando Maquiavelo concluyó *El Príncipe*, la Corona española reinició el proceso de conquista de América con la expedición de Pedro Arias de Ávila como adelantado y gobernador de la provincia de Castilla de Oro, habiendo concluido para cuando falleció, en 1527, la ocupación de toda el área del mar Caribe, es decir, de las Islas de las Antillas y de toda la tierra firme circundante, del norte de Sur América, de Centro América y de México y Norte América. En ese mismo año de 1513, Núñez de Balboa descubrió el Mar del Sur, al cual en 1520 los

hombres de Magallanes nombraron como Océano Pacífico cuando se circunnavegó el mundo por primera vez; y para 1526, ya se habían iniciado los viajes de conquista hacia el Perú.

La época de Maquiavelo fue, además, la misma de Copérnico, de Leonardo da Vinci, de Tomás Moro, de Erasmo de Rothedam y de Pedro Mártir; época, además, durante la cual se introdujo el chocolate y el café en Europa. Es la época, además, de Juan Battista Alberti, cuya *Da re aedificatoria* se publicó en 1485; de Antonio de Nebrija, quien publicó en 1492 su *Gramatica castellana*; de Miguel Angel, quien esculpió su *Piedad* en 1498; de Boticelli cuya *Natividad* la pintó en 1500; de Rafael, quien pintó su *San Jorge y el Dragón* en 1505; en fin, de Tiziano, de Bellini y de Corregio.

Gran parte de ese desarrollo se debe al régimen político que se fue desarrollando en la península italiana desde finales del Siglo XV, con la consolidación de diversos Estados, principalmente, el Reino de las dos Sicilias, que abarcaba el sur de la Península, incluyendo Nápoles, en cuyos territorios, siglos atrás, campeó Federico II de Suabia, el creador según Manuel García Pelayo, del Estado Moderno; los Estados Papales o de la Iglesia, que comprendían el centro de la península, con Roma y Bologna; la República de Siena; la República de Florencia; la República de Génova; la República de Venecia y los Ducados de Modena, Milán, Ferrara y Saboya. Entre estos Estados, el más poderoso era los Estados papales, en los cuales el Papa no solo era el jefe de la Iglesia, sino era un poderoso gobernante temporal.

En todos esos Estados, cuyos gobiernos se configuraban con una base mezcla de principios de monarquía y aristocracia, se había desarrollado una intensa vida política, de lucha por el poder. En todos ellos, además, se sucedieron grandes cambios políticos, precisamente, en particular, en ese período de transición entre el mundo medieval y el mundo moderno del Renacimiento, que coincidió con la vida de Maquiavelo.

II. LA VIDA DE MAQUIAVELO EN LOS TIEMPOS DE LOS MEDICI Y LOS BORGIA

Cuando Maquiavelo tenía 23 años, en 1492, el mismo año del descubrimiento de América, como antes mencionamos, falleció Lorenzo de

Medici, *El Magnífico*, gobernante de Florencia, a quien puede considerarse como el prototipo del príncipe renacentista, quien ejerciendo un poder absoluto era, además, protector de escritores, sabios y artistas, impulsor de las primeras imprentas italianas y organizador de fiestas ciudadanas. Entre sus siete hijos estuvieron Giovanni di Lorenzo di Medici (Papa Leo X), Piero de Lorenzo de Medici (llamado el Desafortunado), Giuliano de Medici, Duque de Nemours (gobernante de Forencia), Lucrezia de Medici, Maddalena de Medici (casada con Francheschetto Cybo, hijo del Papa Inocencio VIII), Contessina de Medici y Luisa de Medici.

Maquiavelo, por tanto, desde joven, comenzaría a ser testigo del extraordinario laboratorio político que se desarrollaría en los lustros subsiguientes en Florencia.

A Lorenzo lo sucedió en el gobernó de Florencia uno de sus hijos, Pedro II (Piero de Medici, 1471-1503), quien gobernó solo por dos años (1492-1494). Tuvo como aliado a Carlos VIII de Francia, hasta que, en 1494, éste último ejecutó la primera invasión francesa a Italia para hacer valer sus derechos sobre el reino de Nápoles, hecho con el cual se iniciaron las guerras de Italia. Ello provocó la caída de los Médicis, y con ello, la expulsión de Pedro II, restableciéndose la República florentina.

A ello contribuyeron, además, las críticas de Girolamo Savonarola, religioso dominico que incluso había sido confesor de Lorenzo de Medici, quien tomó el poder en 1494, aun cuando también por poco tiempo, pues por sus ataques contra el recién electo papa Alejandro VI, el valenciano Roderic Borja, fue sancionado con la excomuni3n, puesto en prisi3n, y condenado a la hoguera por un tribunal de la Inquisici3n, lo que ocurri3 en la plaza de Florencia, en 1498.

Despu3s de la experiencia republicana, el hijo mayor de Lorenzo El Magnífico, Giovanni di Lorenzo di Medici (1475-1521), hermano de Piero II, en 1512recuperó el poder para la familia Medici con apoyo del Papa Julius II (el Papa Guerrero) y de las tropas españolas, dirigiendo el gobierno hasta 1516.

Con ello, Florencia qued3 subordinada a Roma, es decir, a los Estados Papales, no sólo por estar entonces gobernada por un Cardenal (Giovanni de

Medici) quien había recibido el capelo cardenalicio desde la edad de 13 años, sino porque al año siguiente de la recuperación del poder en Florencia, Giovanni mismo fue nombrado Papa con el nombre de Leo X (1513 a 1521), ejerciendo el poder junto con su hermano menor, Giuliano (1478-1516). Giovanni, además, nombró a Lorenzo, su sobrino, hijo de Piero II, Capitán general de la Iglesia y le entregó el ducado de Urbino (1515).

A la muerte de Giuliano en 1516, Lorenzo, como Lorenzo II de Medici (1492-1519), tomó el poder hasta que en 1519 lo sustituyó Giulio de Médici (1478-1534), hijo bastardo de Giuliano (hermano de Lorenzo el Magnífico), quien como Arzobispo de Florencia que era, ejerció el poder civil en la ciudad hasta 1523, cuando a su vez fue nombrado Papa, como Clemente VII.

La vida de Maquiavelo, por tanto, estuvo estrechamente ligada a la turbulencia política que vivió Florencia gobernada por esa familia Medici, habiendo comenzado su actividad como funcionario, precisamente en los tiempos de la primera República, cuando comenzó a trabajar en la cancillería Florentina en el mismo año 1498. Ese fue, además, el mismo año en el cual Cristóbal Colón descubrió la Tierra Firme en América, al tocar en su Tercer Viaje, cerca de la desembocadura del río Orinoco, la Península de Paria en las costas de Venezuela, donde según lo escribió a los Monarcas católicos, había encontrado “el paraíso terrenal.”

El plano del matemático, astrónomo y cosmógrafo florentino, Paolo dal Pozzo Toscanelli, había sido uno de los instrumentos que precisamente habían ayudado a Cristobal Colón a materializar la teoría de que el camino más corto para llegar a las Indias (Cipango), era por el oeste (por el Atlántico), y no siguiendo la ruta hacia el este que buscaban los portugueses.

Para 1498, por otra parte, como se dijo, el Papa Alejandro IV (Rodric de Borja, 1431-1503) reinaba en los Estados Papales. Conocido como el Papa Borgia, nacido en Valencia, que formaba parte de la Corte de Aragón, fue quien resolvió el tema del reparto de las tierras del Nuevo Mundo entre las Coronas que habían conducido la empresa del descubrimiento, colonización y dominio de América, Castilla y Portugal. En las llamadas Bulas Alejandrinas de 1493, las *Inter cœtera*, la *Eximice devotionis* y la *Dudum siquidem*, otorgadas antes del Tratado de Tordesillas de 1494, se fijó el

meridiano divisorio de las zonas de influencia castellana y portuguesa a cien leguas de las islas Azores y Cabo Verde.

Tras la muerte de Alejandro IV, en 1503, lo sucedió el anciano Papa Pío III, pero por sólo por unos días, siendo sustituido por Julio II, enemigo, precisamente, de los Borgia. Fue en esos tiempos cuando Maquiavelo fue enviado a la Corte Pontificia, donde pudo constatar las luchas entre las poderosas familias feudales y, en particular, contra los Borgia. César (Cesare) Borgia, hijo del Papa y quien dominaba la *Romagna*, había sido, precisamente, uno de los príncipes admirados por Maquiavelo. Murió en 1507. Sus otros hijos fueron Pier Luigi, Giovanni, Lucrezia y Gioffre.

Durante los años finales de Maquiavelo, además, se había iniciado la Reforma Protestante en Europa, y pocos años después de su muerte, en 1534 se fundaría la Compañía de Jesús; se había comenzado la consolidación de la “Monarquía Universal” del Emperador Carlos V, quien en la batalla de Pavía de 1525 había hecho prisionero al Rey Francisco I de Francia; y Solimán El Magnífico había comenzado su Sultanato en el Imperio Otomano, habiendo llegado a ocupar Belgrado en 1521 y a Viena en 1529.

III. A EXPERIENCIA DIPLOMÁTICA DE MAQUIAVELO COMO FUENTE DE OBSERVACIÓN

Por otra parte, cuando Maquiavelo comenzó a trabajar en la Chancillería de Florencia en 1498, ello coincidió con el inicio de la práctica de los Estados de designar representantes (diplomáticos) ante otros gobierno y Estados. Maquiavelo, así, a partir de ese año, representó a la República florentina ante la Corte Pontificia, conociendo al papado y todas sus intrigas.

Estuvo también de representante ante la Corte de Luis XII de Francia, en un momento en el cual las relaciones de los Estados italianos con Francia eran turbulentas: Francia había invadido el norte de Italia en 1494 y, en 1512, los ejércitos franceses habían vencido a los venecianos en Ravena. El Papa Julio II había declarado su abierta enemistad a Francia y esta intentaba reunir un Concilio en Pisa, en el cual se confrontaría al Papa. Maquiavelo visitó a ambos bandos, y de su estada en Francia dejó el libro, *Retrato de los asuntos de Francia* (1508). También Maquiavelo fue representante ante la Corte del Emperador Maximiliano I, del Sagrado Imperio Romano, en Alemania, a

quien en 1519 sucedería su nieto, Carlos V. De ello resultó su obra, *Retrato de los asuntos de la Magna* (1508).

Antes, sin embargo, debe mencionarse, que en 1502, los españoles bajo el mando del mismo Rey Católico, Fernando y del Gran Capitán, González Fernández de Córdoba, habían ocupado Nápoles, consolidando el dominio español del Reino de las dos Sicilias en el Sur de la Península, que poseían desde 1442, cuando Alfonso V, Rey de Aragón, se había hecho proclamar Rey de Nápoles.

En todo caso, la representación de la República de Florencia ante las Cortes europeas por Maquiavelo concluiría en 1512, precisamente cuando se produjo la restauración de los Medici, a partir de lo cual Maquiavelo ya nunca más volvería a ocupar cargos en el gobierno de la ciudad.

IV. EL FIN DE LA REPÚBLICA, LA PERSECUCIÓN CONTRA MAQUIAVELO Y *EL PRÍNCIPE*

Estando fuera de la burocracia, Maquiavelo trató de acercarse a los Medici a través de la escritura, que era su oficio, habiendo precisamente escrito *El Príncipe*, no solo para expresar lo que había observado y aprendido en su experiencia política, sino para que pudiera servir a los Medici, para su gobierno. Por ello fue que, precisamente, le dedicó el libro a Lorenzo di Piero de Medici (Lorenzo II de Médici).

Sin embargo, con la caída de la República, a la cual había servido y de la reinstauración de los Médicis en 1513, lo cierto fue que Maquiavelo fue perseguido y exiliado, acusado de participar en una conjura, acusación de la cual luego sería exonerado. En la villa de Sant'Andrea in Percussina, cerca de San Casciano Val di Pesa, situada a unas doce millas de Florencia, en la casa que allí tenía, el Albergaccio, ocupó su tiempo escribiendo, entre otros *El Príncipe*.

Para ese mismo año, por otra parte, como se dijo, Giovanni de Medici fue elegido Papa, como Leo X, a quien sucedió, en 1522, Adriano de Utrech (Adrian VI), quien había sido preceptor del Emperador Carlos V antes de que este tomara posesión de los Reinos de Castilla y Aragón.

En 1523, Giulio de Médicis, quien gobernaba Florencia, también, como se dijo, sería elegido Papa con el nombre de Clemente VII. Antes, sin embargo, cuando era Cardenal Arzobispo de Florencia, en 1520, le había encomendado a Maquiavelo la tarea de escribir la historia de Florencia, la cual concluida, en ocho tomos, con el título de *Istorie Fiorentine o Historia de Florencia*, se la dedicó al mismo Giulio, siendo ya papa Clemente VI.

Cuando Maquiavelo terminó sus días, el 22 de junio de 1527, sólo había transcurrido un mes desde la nueva caída de los Médicis, quienes habían abandonado Florencia el 16 de mayo de 1527, habiéndose reinstaurado de nuevo la República, pero sólo por tres años, pues en 1530, de nuevo, los Médicis retornarían al poder en Florencia.

A la muerte de Maquiavelo quedó *El Príncipe*, el cual se publicó en 1523, reuniendo un conjunto de consejos a los gobernantes, producto de su observación de la política, y basado en la historia de las ejecutorias de los príncipes, tanto antiguos como de su época, a quienes había observado; es decir, reunía las enseñanzas de la historia.

V. LOS CONSEJOS GENERALES DE MAQUIAVELO

El Príncipe es una obra corta dividida en 26 Capítulos, en los cuales Maquiavelo formuló sus consejos a los gobernantes (príncipes), derivados de todo lo que vivió y sufrió la política de su época, y basados su experiencia y conocimientos históricos,¹ teniendo en cuenta para ello, como lo expresó que:

Los hombres caminan casi siempre por caminos trillados ya por otros, y apenas hacen más que imitar a sus predecesores en las empresas que llevan a cabo. (VI, 47).

Sobre la obra de Maquiavelo y en particular de su libro *El Príncipe* se han escrito infinidad de trabajos, estudios e interpretaciones, en los cuales, sin embargo, no siempre es posible extraer literalmente lo que propuso en su obra, como consejos. Por ello, en estas notas he querido recordar sus consejos, particularmente en su formulación original, sin distorsión alguna basada en la filosofía política. Para ello, y para no repetir interpretaciones mejor hechas por

1 Hemos utilizado para las referencias, la edición popular *Nicolás Maquiavelo, El Príncipe (anotado por Napoleón Bonaparte)*, Traducción por Octavio Mazzini Ruíz, Colección Fontana, Edicomunicación S.A., Barcelona 1994.

tantos autores, aquí he tratado de identificar en las propias palabras de Maquiavelo, sus propios Consejos, en la forma cómo los formuló, sin deducciones ni interpretaciones, de manera que sirva como una especie de guía de lectura de la obra, la cual, aun cuando corta, y citada infinidad de veces, no siempre quienes la citan la han leído detenidamente.

Así, podemos comenzar por destacar algunos de sus pensamientos generales sobre la calidad y conducta humana, como fueron los siguientes:

Sobre el valor del aprecio por la vida, dijo “El que tiene en poco la vida no le asusta dar a otro la muerte” (XIX, 122).

Sobre la naturaleza del hombre, dijo: “Porque los hombres son siempre malos, a no ser que se les obligue por la fuerza a ser buenos” (XXIII, 144).

Sobre actuar con prudencia y cautela, expresó: “Los hombres miran siempre con cautela suma las empresas que les ofrecen dificultades” (X, 75); “La prudencia estriba en conocer su respectiva calidad, y en tomar el partido menos malo” (XXI, 137); “Los hombres, cuando el tiempo está en calma, pueden tomar precauciones” (XXV, 148).

Sobre la motivación de quienes ofenden, dijo: “Los hombres ofenden por miedo o por odio” (VII, 61)

Sobre el paso del tiempo, señalo: “El tiempo que echa abajo cuanto subsiste, puede acarrear tanto bien como mal, pero igualmente tanto mal como bien” (III, 36).

Por otra parte, sobre el patrimonio y la riqueza de los hombres, Maquiavelo dijo:

Sobre adquirir sólo cuando se puede: “En verdad, el deseo de adquirir es cosa ordinaria y lógica. Los hombres que adquieren cuando pueden hacerlo serán alabados y nadie los censurará. Pero cuando no pueden, ni quieren hacerlo como conviene, serán tachados de error y todos los vituperarán” (III, 38).

Sobre la importancia del patrimonio para los hombres, dijo: “Los hombres olvidan más pronto la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio” (XVII, 106).

Sobre hacer uso de lo que se posee, expresó: “Llamamos miserable únicamente a aquél que se abstiene de hacer uso de lo que posee (XV, 98).

Sobre que la amistad que deriva del interés no es beneficiosa, dijo: “Las amistades que se adquieren, no con la nobleza y la grandeza de alma, sino con el dinero, no son de provecho alguno en los tiempos difíciles y penosos, por mucho que se les haya merecido” (XVII, 106).

VI. CONSEJOS GENERALES A LOS GOBERNANTES: LA RAZÓN DE ESTADO

En torno al tema de la razón de Estado, o de los consejos al Príncipe para conservar el Poder, Maquiavelo expresó los siguientes Consejos:

Sobre que el fin del Príncipe es mantenerse en el poder, por cualquier medio, expresó: “Dedíquese pues, el príncipe a superar siempre sus dificultades y a conservar su Estado. Si logra con acierto su fin se tendrán por honrosos los medios conducentes al mismo, pues el vulgo se paga únicamente de exterioridades y se deja seducir por el éxito” (XVIII, 112).

Sobre las reglas generales para gobernar, dijo: “Asegurarse de sus enemigos, ganarse amigos repetidamente, vencer por fuerza o por fraude, hacerse amar y temer de los pueblos, obtener el respeto y la fidelidad de los soldados, sustituir los antiguos estatutos por otros recientes, desembarazarse de los hombres que pueden perjudicarle, ser a la vez severo, agradable, magnánimo y liberal, y conservar la amistad de los monarcas de suerte que estos le sirvan de buen agrado o no lo ofendan más que con mucho miramiento” (VII, 61).

Sobre las reglas para el ejercicio del poder señaló: que es necesario que el Príncipe sepa que dispone, para defenderse, de dos recursos: la ley y la fuerza, agregando: “El primero es propio de hombres, y el segundo corresponde esencialmente a los animales. Pero como a menudo no basta el primero, es preciso recurrir al segundo” (XVIII, 109). “Porque los principios fundamentales de todos los Estados, ya antiguos, ya nuevos, ya mixtos, están en las armas y en las leyes, y, cómo no se conciben leyes malas a base de armas buenas....” (XII, 81)

Sobre el valor de las armas, argumentó, primero, sobre la necesidad de las armas, indicando: “Todos los profetas armados han sido vencedores, y los desarmados abatidos” (VI, 50); “La razón y la experiencia nos enseñan que el hombre que se halla armado no obedece con gusto al que está desarmado y que el amo desarmado no se encuentra seguro entre sirvientes armados” (XIV, 94). **Y segundo sobre el respaldo de armas propias o armas ajenas, indicó:** “Opinión y máxima de los políticos sabios fue siempre que nada es tan débil ni tan vacilante como la reputación de una potencia que no esté fundada en las fuerzas propias” (XIII, 92); “Un príncipe sabio... recurrirá a sus propias armas, prefiriendo perder con ellas a ganar con las ajenas” (XIII, 89); “Las armas ajenas] Resultan infaustas siempre para el que las pide, porque, si pierde la batalla, queda derrotado, y, si gana, se constituye en algún modo prisionero de quien le auxilió” (XII, 81)

Sobre los principios para mantenerse en el gobierno, formuló los siguientes consejos:

Primero, sobre el uso de la fuerza y la astucia, señalando: “Ejercer de león y de zorra, lo cual es indispensable a un soberano” (XIX, 120); “A la vez un león ferocísimo y una zorra muy astuta” (XIX, 122).

Segundo, sobre que no siempre debían ser virtuosos, indicando que: “Un príncipe, y especialmente uno nuevo, que quiera mantenerse en el trono, ha de comprender que no le es posible observar con perfecta integridad lo que hace mirar a los hombres como virtuosos, puesto que, con frecuencia, para mantener el orden en su Estado, ser ve forzado a obrar contra su palabra, contra las virtudes humanitarias o caritativas y hasta contra su religión” (XVIII, 111); “Su espíritu ha de estar dispuesto a tomar el giro que los vientos y las variaciones de la fortuna exijan de él, y a no apartarse del bien, mientras pueda, pero también a saber obrar en el mal, cuando no queda otro recurso” (XVIII, 111).

Tercero sobre que no siempre tenían que ser buenos, indicando que: “[El príncipe] Si quiere conservar sus dominios, se halla con frecuencia obligado a no ser bueno” (XIX, 119): “Es necesario que un príncipe que desee mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según que las circunstancias lo exijan”

(XV, 98); *“No tema incurrir en la infamia ajena a ciertos vicios si no le es dable sin ellos conservar su Estado, ya que, si piensa bien todo, hay cosas que parecen virtudes, como la benignidad y la clemencia, y, si las observa, crearán su ruina; mientras que otras que parecen vicios, si las práctica, acrecerán su seguridad y su bienestar”* (XV, 99).

Cuarto, que no siempre el Príncipe tiene que cumplir las promesa, señalando: *“Cuando un príncipe dotado de prudencia advierte que su fidelidad a las promesas redundará en su perjuicio, y que los motivos que le determinaron a hacerlas, no existen ya, ni puede ni siquiera debe guardarlas, a no ser que consienta en perderse. Y obsérvese que si todos los hombres fuesen buenos, este precepto sería detestable... Pero, como son malos, y no observarían su fe respecto del príncipe, si de incumplirla se presentara la ocasión, tampoco el príncipe para obligado a cumplir la suya, si a ello se viese forzado. Nunca faltan razones legítimas a un príncipe para cohonestar la inobservancia de sus promesas...”*(XVIII, 110).

Quinto, que debía ser temido y cruel, indicando que: *“...El partido más seguro es ser temido antes que amado”* (XVII, 105); *“Cuando el príncipe este con sus tropas y tenga que gobernar a miles de soldados, no debe preocuparle adquirir fama de cruel, ya que, sin esta fama, no logrará conservar un ejército unido, ni dispuesto para cosa alguna”* (XVII, 107); *“...que al príncipe no le conviene dejarse llevar por el temor de la infamia inherente a la crueldad, si necesita de ella para conservar unidos a sus gobernados e impedirles faltas a la fe que le deben, porque con poquísimos ejemplos de severidad, será mucho más clemente que los que por lenidad excesiva toleran la producción de desordenes, acompañados de robos y de crímenes, dado que estos hombres ofenden a todos los ciudadanos, mientras que los castigos que dimanar del jefe de la nación no ofenden más que a un particular”* (XVII, 104).

Sexto, que el Príncipe siempre debía cuidar las apariencias, indicando: *“No hace falta que un príncipe posea todas las virtudes... pero conviene que aparente poseerlas”* (XVIII, 111); *“Debe cuidar mucho de ser circunspecto, para que cuantas palabras salgan de su boca lleven impreso el sello de las virtudes mencionadas y para que, tanto viéndole, como oyéndole, le crean enteramente lleno de buena fe, entereza, humanidad, caridad y religión”*

(XVIII, 112); *“En general, los hombres juzgan más por los ojos que por las manos, y, si es propio a todos ver, tocar sólo está al alcance de un corto número de privilegiados. Cada cual ve lo que el príncipe parece ser, pero pocos comprenden lo que es realmente...”* (XVIII, 112).

VII. CONSEJOS PARA ACCEDER AL PODER Y SOBRE EL GOBIERNO

Sobre el tema de las formas de acceder al Poder y sobre el gobierno, Maquiavelo formuló los siguientes consejos generales:

Sobre los peligros de la falta de experiencia política, indicó: *“No es verosímil que acierte a reinar bien quien ha vivido mucho tiempo en una condición privada”* (VII, 52).

Sobre los peligros del acceso fácil al poder, indicó: *“Los que de particulares que eran se vieron elevados al principado por la sola fortuna, llegan a él sin mucho trabajo pero lo encuentran máximo para conservarlo en su poder. Elevados a él como en alas y sin dificultad alguna, no bien lo han adquirido, los obstáculos los cercan por todas partes”* (VII, 52).

Sobre el acceso al poder por medio de maldades no asegura la gloria, señaló: *“La traición de sus amigos, la matanza de sus conciudadanos, su absoluta falta de humanidad y de religión, son, en verdad, recursos con la que se llega a adquirir el dominio, más nunca la gloria”* (VIII, 65).

Sobre el trato a los ministros y colaboradores del gobierno, formuló estos consejos:

Primero, respecto de la elección de los colaboradores: *“Un príncipe que a toda costa quiere ser bueno, cuando de hecho está rodeado de gentes que no lo son, no puede menos que caminar hacia un desastre”* (XV, 97); *“No es cosa de poca importancia para los príncipes la buena elección de sus ministros, los cuales son buenos o malos, según la prudencia usada en dicha elección”* (XXII, 139); *“Si manifiestan suficiente capacidad y se muestran fieles al príncipe tendremos a éste por prudente puesto que supo conocerlos bien, y mantenerlos adictos a su persona. Si por el contrario, reúnen condiciones opuestas, formaremos sobre él un juicio poco favorable, por*

haber comenzado su reinado con una grave falta, escogiéndolos así” (XXII, 139).

Segundo, respecto al trato a sus empleados: “[El príncipe] únicamente ha de cuidar de no ofender gravemente a ninguno de los que emplea, y en especial, a los que tiene a su lado y a su servicio” (XIX, 123).

Tercero, respecto a la relación del gobernante con sus colaboradores (ministros), al analizar las clases de colaboradores, Maquiavelo distinguió dos modos como son gobernados los principados conocidos: “*El primero consiste en serlo por su príncipe asistido de otros individuos que, permaneciendo siempre como súbditos humildes, al lado suyo, son admitidos, por gracia o por concesión, en clase de servidores solamente para ayudarle a gobernar. El segundo modo como se gobierna se compone de un príncipe, asistido de barones, que encuentran su puesto en el Estado, no por la gracia o por la concesión del soberano, sino por la antigüedad de su familia” (IV. 41).*

“En los primeros de estos Estados en que gobierna el mismo príncipe con algunos ministros esclavos, tiene más autoridad porque en su provincia no hay nadie que reconozca a otro más que a él por superior y si se obedece a otro, no es por un particular afecto a su persona, sino solamente por ser ministro y empleado del monarca” (IV. 41).

Cuarto, respecto al trato a los colaboradores: “*Los honoríficos grados y las pingües riquezas que les conceda, colman los deseos de su ambición, y los importantes puestos de que les haya provisto les hacen temer que el príncipe caiga, o sea suplantado, porque saben perfectamente que sólo con él los conservarán. Si príncipe y ministro se conducen así recíprocamente, la confianza será no menos mutua. Pero, si no se portan de tal modo, uno y otro acabarán mal” (XXII, 141).*

Quinto respecto de la conducta de los ministros: “*Cuando el príncipe vea a sus ministros pensar en ellos más que en él, y regirse en todas sus acciones por afán de provecho personal, quede persuadido de que tales hombres jamás le servirán bien” (XXII, 140); “...los que manejan los negocios de un Estado no deben nunca pensar en sí mismos, sino en el príncipe, ni recordarle nunca nada que no se refiera a los intereses de su reinado (XXII, 140)*

Sobre los consejos al gobernante en relación con los colaboradores, Maquiavelo indicó:

Primero, respecto de los Ministros, la adulación y la verdad que debe decirse al gobernante: “[Para evitar caer en el menosprecio a causa de los aduladores] *bástale al príncipe dar a comprender a los que le rodean que no lo ofenden por decirle la verdad. Pero si todos pueden decírsela, se expone a que le falten al respeto. Así un príncipe advertido y juicioso debe seguir un curso medio, escogiendo en su Estado a algunos sujetos sabios, a los cuales únicamente otorgue licencia para decirle la verdad, y esto exclusivamente sobre la cosa cuyo motivo les pregunte, y no sobre ninguna otra*” (XXIII, 142). *Es necesario que su conducta con sus consejeros reunidos y con cada uno de ellos en particular se desarrolle en tal forma que todos conozcan que cuanto más sinceramente le hablen tanto más le agradarán. Pero excepto estos, ha de negarse a oír los concejos de cualquier otro, poner inmediatamente en práctica lo que por sí mismo haya resuelto y mostrarse tenaz en sus determinaciones. Si obra de diferente manera, la diversidad de pareceres le obligará a variar muy a menudo, de lo cual resultará que harán muy corto aprecio de su persona*” (XXIII, 142-143)

Segundo, respecto a los ministros y la conveniencia de consultar y oír opiniones: “*Sin embargo, le conviene [al príncipe] preguntarles sobre todas [las cosas], oír sus opiniones, deliberar después por sí mismo y obrar últimamente como lo tenga por conveniente a sus fines personales*” (XXII, 142).

Tercero, respecto de los ministros, el gobernante incompetente y el consejero competente: “*Un príncipe que no es prudente de suyo no puede aconsejarse bien, a menos que por casualidad dispusiera de un hombre excepcional y habilísimo que le gobernara en todo. Pero en tal caso, la buena gobernación del príncipe no duraría mucho, porque su conductor se encargaría de quitarle en breve tiempo el Estado*” (XXIII, 144); “*Sin embargo, le conviene [al príncipe] preguntarles sobre todas (las cosas), oír sus opiniones, deliberar después por sí mismo y obrar últimamente como lo tenga por conveniente a sus fines personales*” (XXII, 142).

Sobre la forma de actuar del gobernante a través de sus colaboradores, indicó: “No cabe imaginar disposición alguna más prudente, ni mejor medio de seguridad para el príncipe y para la nación... que los príncipes deben dejar a otros la disposición de las cosas odiosas, y reservarse a sí mismos las de gracia, estimando siempre a los nobles, pero sin hacerse nunca odiar del pueblo” (XIX, 117).

VIII. CONSEJOS SOBRE LAS RELACIONES DE PODER

Sobre el tema de las relaciones con el poder y entre poderes, Maquiavelo formuló los siguientes consejos generales:

Sobre la legitimidad de la guerra: “Porque una guerra es legítima por el mero hecho de ser necesaria, y es un acto de humanidad cuando no queda esperanza más que en ella” (XXVI, 155). Y sobre ello, formuló los siguientes consejos:

Primero, respecto del trato con los enemigos, Maquiavelo aconsejó que debía procurarse a su destrucción, que “La ofensa que se infiera a de ser tal que los inhabilite para vengarse” (III, 34).

Segundo, respecto del vencedor y del vencido, consideró que “El vencedor no quiere amigos sospechosos, que no le auxilién en la adversidad, y el vencido no acogerá al neutral, puesto que se negó a tomar las armas, para correr las contingencias de su fortuna” (XXI, 135). Y agregó: “Note bien el príncipe que quien le pide la neutralidad no es amigo, y que lo es, por el contrario, quien solicita que se declare a su favor, y que tome las armas en defensa de su causa” (XXI, 136).

Tercero, respecto del control sobre el país conquistado, explicó que para asegurar el gobierno en un pueblo libre hay que destruir su régimen político: “El que se hace señor de una ciudad acostumbrada a vivir libremente y no descomponer su régimen político, debe contar con ser derrocado por ella, a la postre. Para justificar tal ciudad su rebelión invocará su libertad y sus antiguas leyes” (V, 46).

Cuarto, respecto del trato a los vencidos advirtió que los líderes no olvidan las ofensas de los gobernantes: “Cualquier que crea que los nuevos

beneficios hacen olvidar a los eminentes personajes las antiguas injurias, camina errado” (VII, 62).

Quinto, respecto al trato de los enemigos del gobierno anterior, señaló que: *“Es más hacedero conseguir la amistad de los hombres que se conformaban con el gobierno anterior, aunque no gustasen de él, que la de aquellos otros que, siéndole contrarios, se declararon por este sólo motivo, adictos al príncipe nuevo, y le ayudaron a apoderarse del Estado (XX, 130).*

Sexto, respecto del trato con los poderosos, recomendó, por una parte, la política de debilitamiento de los poderosos, indicando que: *“El príncipe debe... ingeniar para debilitar a los de mayor poderío” (III, 34); “La única precaución que ha de tomar es la de impedir que adquieran fuerza y autoridad en demasía” (III, 35); y “Una regla general que no engaña nunca o al menos no extravía sino raras veces, es que el que ayuda a otro a hacerse poderoso provoca su propia ruina” (III, 40).* Y por la otra, la necesaria consolidación del respaldo del pueblo a un gobernante, indicando que *“El que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes, se mantiene en ella con más dificultad que el que la consigue con el del pueblo” (IX, 71).*

Séptimo, respecto de las consecuencias de la alianza con los poderosos, indicó que *“...Cuando un príncipe quiere atacar a otros, ha de cuidar siempre de no asociarse a un príncipe más poderoso que él, a menos que la necesidad le obligue a hacerlo... puesto que si dicho príncipe triunfa se convertirá en esclavo suyo de algún modo” (XXI, 137).*

Octavo, respecto de la política del gobernante, aconsejó que *“Los príncipes sabios y los Estados bien ordenados cuidaron siempre tanto de contentar al pueblo como de no descontentar a los nobles hasta el punto de reducirlos a la desesperación. Es esta una de las cosas más importantes a que debe atender el príncipe” (XIX, 116).*

Sobre el trato a los militares, Maquiavelo formuló los siguientes consejos:

Primero, respecto de la indispensable atención a la disciplina y orden de los militares, consideró que: *“El príncipe no ha de tener otro objeto, ni abrigar otro propósito, ni cultivar otro arte, que el que enseña el orden y la disciplina de los ejércitos, porque es el único que se espera ver ejercido por el*

que manda” (XIV, 93); que “Los príncipes que se ocuparon más en las delicias de la vida que en las cosas militares, perdieron sus Estados” (XIV, 93). Agregando que “Amén de las demás calamidades que se trae un príncipe que no entiende nada de la guerra, existe la de no ser estimado de sus soldados, ni poder fiarse de ellos” (XIV, 94).

Segundo, respecto del mantenimiento de la disciplina militar, recordó que: “[Los ejércitos se sublevan] únicamente a causa de la mucha clemencia, (del Príncipe), que dejan a sus guerreros más libertad que la que la disciplina militar podía permitir” (XVII, 107).

Tercero, respecto de las exigencias del Ejército y del pueblo al gobernante, recordó que: “No es, en efecto, fácil contentar a la vez a los soldados y al pueblo porque el pueblo es amigo del descanso y lo es asimismo el príncipe de moderada condición, al paso que los soldados quieren un príncipe que tenga espíritu marcial, y que sea rapaz, cruel e insolente” (XIX, 118); y que “Conviene contentar más al pueblo que a los soldados, porque aquél posee más poder que éste” (XIX, 124).

IX. CONSEJOS SOBRE LA TOMA DE DECISIONES

Sobre el tema de la toma de decisiones por parte de los gobernantes, Maquiavelo formuló los siguientes consejos generales:

Sobre la necesaria definición de la meta a alcanzar, aconsejó “Seguir el ejemplo de los ballesteros advertidos, que apuntan mucho más arriba que el objeto que tienen en la mira, no para que su vigor y sus flechas alcancen a un punto dado en tal altura, sino a fin de acertando así, llegar en línea parabólica a su verdadera meta” (VI, 47)

Sobre la toma de decisiones y la necesaria política de previsión de los cambios futuros, recordó la situación de que: “Como en épocas de paz no habían imaginado nunca que pudieran cambiar las cosas, porque es un defecto común a todos los hombres no inquietarse de las borrascas mientras disfrutaban de bonanza, sucedió que al llegar los tiempos adversos no pensaron más que en huir, en vez de defenderse, esperando que, fatigados sus pueblos por la insolencia del vencedor, no dejarían de llamarlos otra vez” (XXIV).

Y agregó: *“La fortuna me parece comparable a un río fatal que cuando se embravece inunda llanuras, echa a tierra árboles y edificios, arranca terreno de un pasaje para llevarlo a otro. Todos huyen a la vista de él y todos ceden a su furia, sin poder resistirle. Y, no obstante, por muy formidable que su pujanza sea, los hombres, cuando el tiempo esta en calma, pueden tomar precauciones contra semejante río construyendo diques y esclusas, para que al crecer de nuevo se vea forzado a correr por un canal, o por lo menos, para que no resulte su ferosidad tan anárquica y tan dañosa ”* (XXV, 149); y que *“El príncipe que no se apoya más que en la fortuna cae según que ella varía ”* (XXV. 149)

Por ello aconsejó que *“Lo que todos los príncipes cuerdos deben hacer: tomar en consideración no sólo los perjuicios presentes, sino más bien los futuros. Cuando quieren remediarlos con destreza, sólo precaviéndolos de antemano es posible conseguirlo. Si se espera a que sobrevengan, ya no es tiempo de remediarlo, porque la enfermedad se ha vuelto incurable ”* (III, 36)

Sobre la necesidad de conocer las causas de los problema, recordó que: *“Con las cosas del Estado sucede lo mismo [que le ocurre a los médicos con al tisis]. Si se conocen anticipadamente los males que pueden después manifestarse, lo que no concede el cielo mas que a un hombre sabio y bien prevenido, quedan curados muy pronto. Pero cuando, por no haberlos conocido, se les deja tomar un incremento tal que llega a noticia de todo el mundo, no hay ya arbitrio que los remedie (III); y que “El que, estando al frente de un principado, no descubre el mal en su raíz, ni lo advierte hasta que se manifiesta, no es verdaderamente sabio ”* (XIII, 91-92).

Sobre el valor de la experiencia, Maquiavelo formuló los siguientes consejos:

Primero, respecto de la resistencia al cambio y la necesidad de la consolidación de lo nuevo en el tiempo, recordó *“La escasa confianza que los hombre ponen en las innovaciones, por buenas que parezcan, hasta que no hayan pasado por el tamiz de una experiencia sólida ”* (VI, 49).

Segundo, respecto del valor de la experiencia y las enseñanzas de la historia, aconsejó que: *“El príncipe, para ejercitar su espíritu, debe leer las historias y, al contemplar las acciones de los varones insignes, debe notar*

particularmente cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias, a fin de conseguirlas él mismo, y las de las derrotas, a fin de no experimentarlas” (XIV, 95).

Sobre la necesidad de la toma de decisiones en forma inmediata, Maquiavelo formuló los siguientes consejos:

Primero, respecto de las decisiones de autoridad, que las mismas deben adoptarse todas de una vez, indicando que “[Es un] *buen uso de los actos de rigor el que se ejerce con brusquedad, de una vez, y únicamente por la necesidad de proveer a la seguridad propia, sin continuarlos luego y tratando a la vez de encaminarlos cuanto sea posible a la mayor utilidad de los gobernados” (VIII, 68); que ‘Deben ejercerse todos de una vez e inmediatamente a fin de no verse obligado a volver a ellos todos los días’ (VIII, 68); que “Semejantes actos han de ejecutarse todos juntos y ofenden menos si es menor el tiempo que se tarda en pensarlos. (VIII, 68); y que “El que obra de otro modo, por timidez o guiado por malos consejos, se ve forzado de continuo a tener la cuchilla en la mano y no puede contar nunca con sus súbditos porque estos mismos, que lo saben obligado a proseguir y a reanudar los actos de severidad, tampoco pueden estar jamás seguros con él (VIII, 68).*

Segundo, respecto de la necesaria toma de decisiones inmediatas, recordó que “*Los príncipes irresolutos que quieren evitar los peligros del momento retrasan a menudo el rompimiento de su neutralidad, pero también a menudo caminan hacia su ruina “(XX, 136); que “La guerra no se evita, y diferirla redundará en provecho ajeno” (III, 36); y que “No debemos dejar nacer un desorden para evitar una guerra, pues acabamos no evitándola, y sólo la diferirnos, lo que redundará a la postre en perjuicio vuestro” (III, 39).*

Sobre la táctica del gobernante de inventar enemigos, Maquiavelo escribió que: “*Piensen muchos que un príncipe sabio debe, siempre que le sea posible, procurarse con arte algún enemigo, para que, atacándole y reprimiéndole, provoque un aumento de su propia grandeza” (XX, 129)*

X. CONSEJOS SOBRE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Sobre el tema de la adopción de políticas públicas por los gobernantes, Maquiavelo formuló los siguientes consejos generales:

Sobre la idea de adoptar grandes políticas públicas Maquiavelo recordó que “*Nada granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas*” (XXI, 133); y que “[El príncipe debe hacer] ... *seguir unas empresas de otras de gran tamaño, que no dejaron tiempo a sus gobernados ni siquiera para respirar, cuanto menos para urdir trama alguna contra él*” (XXI, 134).

Sobre el procedo de adoptar nuevas leyes, Maquiavelo recordó, por una parte, sobre las reacciones que se pueden provocar ante la sanción de nuevas leyes, que “*Nótese bien que no hay cosa más ardua de manejar, ni que se lleve a cabo con más peligro, ni cuyo acierto sea más dudoso que obrar como jefe para dictar estatutos nuevos, pues tiene por enemigos activísimos a cuantos sacaron provecho de los estatutos antiguos y aún los que puedan sacarlo de los recién establecidos, suelen defenderlos con tibieza suma*” (VI, 49); y por la otra sobre la política del gobernante en establecer nuevas instituciones, que “*Nada honra tanto a un hombre recién elevado al dominio público como las nuevas instituciones por él ideadas, las cuales, si se basan en buenos fundamentos y llevan algo grande en sí mismas, le hacen digno de respeto y de admiración*” (XXVI, 155- 156)

Sobre las consecuencias de la prodigalidad en el gobierno (en términos contemporáneos, el populismo), Maquiavelo recordó que: “[El gobernante pródigo, que quiera conservar su populismo] *consumirá todas sus riquezas en prodigalidades, y al cabo, si pretende continuar pasando por liberal, se verá obligado a gravar extraordinariamente a sus súbditos, a ser extremadamente fiscal, a hacer cuanto sea imaginable para obtener dinero. Ahora bien: esta conducta comenzará a tornarlo odioso a sus gobernados, y, empobreciéndose así más y más, perderá la estimación de cada uno de ellos, de suerte que después de haber perjudicado a muchas personas para ejercitar una liberalidad que no ha favorecido más que a un cortísimo número de ellas, seguirá vivamente la primera necesidad y peligrará al menor riesgo* (XVI, 100).

Sobre la necesidad de atender al equilibrio fiscal en el gobierno, Maquiavelo advirtió que: “*Un príncipe que no quiera verse obligado a despojar a sus gobernados, ni que le falte nunca con qué defenderse, ni sufrir pobreza y miseria, ni necesitar ser rapaz, debe temer poco incurrir en la*

reputación avaro, puesto que su avaricia es uno de los vicios que aseguran su reinado (XVI, 101)

XI. CONSEJOS SOBRE EL TRATO A LOS GOBERNADOS

Sobre el tema del trato con los Gobernados, Maquiavelo formuló los siguientes consejos generales:

Sobre la lucha por el poder, entre la búsqueda del dominio y su rechazo por el pueblo, Maquiavelo recordó que “*En toda ciudad existen dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado y oprimido por los grandes, y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo*” (IX, 70). Y que: “*Los grandes quieren oprimir, y el pueblo sólo quiere no ser oprimido*” (IX, 71).

Sobre los gobernados, Maquiavelo recomendó no ofender a los gobernados, indicando que: “*Los príncipes sabios y los Estados bien ordenados cuidaron siempre tanto de contentar al pueblo como de no descontentar a los nobles hasta el punto de reducirlos a la desesperación. Es esta una de las cosas más importantes a que debe atender el príncipe*” (XIX, 116). Y que “*El príncipe, por no tener causas ni necesidades de ofender a sus gobernados, es amado natural y razonablemente por estos, a menos de poseer vicios irritantes que lo tornen aborrecible*” (II, 29).

Sobre la política del gobernante de hacerse amar por los gobernados
Maquiavelo formuló los siguientes consejos:

Primero, respecto de la necesaria consolidación del respaldo del pueblo a un gobernante, indicó: “*Lo peor que el príncipe puede temer de un pueblo que no lo ama, es ser abandonado por él*” (IX, 71); “*Un ciudadano llegado a príncipe por el favor del pueblo ha de tender a conservar su afecto, lo cual es fácil, ya que el pueblo pide únicamente no ser oprimido*” (IX, 72); “*Cuando los hombres reciben bien de quien no esperan más que mal, se apoyan más y más en él*” (IX, 73); “*Es necesario que el príncipe posea el afecto del pueblo, sin lo cual carecerá de apoyo en la adversidad*” (IX, 73); “*Un soberano prudente debe imaginar un método por el que sus gobernados tengan de continuo, en todo evento y en circunstancia de cualquier índole, una necesidad grandísima de su principado. Es el medio más seguro de hacérselos fieles para siempre*” (IX, 74); “*Los extranjeros, por otra parte, no le atacan*

con gusto, con tal, empero, que sea un excelente príncipe, y que le veneren sus gobernados” (XIX, 114).

Segundo, respecto de la necesidad de conservar el apoyo del pueblo y el peligro de ser aborrecido, recordó que “Uno de los inconvenientes mayores de que un príncipe ha de precaverse, es el de ser menospreciado y aborrecido” (XVI, 103).

Tercero, respecto de la conservación del respaldo popular al gobernante, indicó que “Mientras les hacemos bien y necesitan de nosotros, nos ofrecen sangre, caudal, vida e hijos, pero se rebelan cuando ya no les somos útiles” (XVII, 105).

Cuarto, respecto de la necesidad de la participación ciudadana en un pueblo libre, indicó que “Una ciudad acostumbrada a vivir libremente y que el príncipe quiere conservar, se contiene mucho más fácilmente por medio del influjo directo de sus propios ciudadanos que por cualquier otro medio” (V, 45).

Quinto, respecto del respaldo popular al gobernante, Maquiavelo señaló que “No le es difícil a un príncipe prudente, desde el comienzo hasta el final de un sitio, conservar inclinados a su persona los ánimos de sus conciudadanos, si no les falta con qué vivir, ni con qué defenderse” (X, 77)

Sobre la idea de hacerse temer por los gobernados, expresó: “Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amar que al que se hace temer” (XVII, 106).

Sobre la actitud de evitar ser menospreciado, Maquiavelo formuló los siguientes consejos: “Un príncipe cae en el menosprecio cuando pasa por variable, ligero, afeminado, pusilánime e irresoluto” (XIX, 113); “Los soldados empezaron a menospreciarle en su prez, cuando lo vieron rebajarse hasta el extremo de ir a luchar con los gladiadores en los circos y de hacer cosas vilísimas y poco dignas de su majestad imperial” (XIX, 123) y “El príncipe debe evitar lo que pueda hacerle odioso y menospreciable. Cuantas veces lo evite, habrá cumplido con su obligación, y no hallará peligro alguno en cualquiera otra falta que llegue a incurrir.”.

Sobre el estímulo a las personas, Maquiavelo formuló los siguientes consejos:

Primero, respecto de a la necesidad de honrar a los gobernados, indicó que EL Príncipe “...Debe estimular a los ciudadanos a ejercer pacíficamente su profesión y oficio, agrícola, mercantil o de cualquier género, y hacer de modo que, por el temor de verse quitar el fruto de sus tareas, no se abstengan de enriquecer al Estado, y que, por el miedo a los tributos, no se persuadan a dedicarse a negocios diferentes. Debe, otro si, preparar algunos previos para quien funde establecimientos útiles, y para quien trate, en la forma que quiera, de multiplicar los recursos de su ciudad” (XXI, 137).

Segundo, respecto de las fiestas y espectáculos, indicó que el Príncipe “Finalmente, está obligado a proporcionar fiestas y espectáculos a sus pueblos, en las ferias anuales que estime oportunas” (XXI, 138).

Sobre el trato a las corporaciones y gremios y a la majestad del gobernante, Maquiavelo formuló las siguientes reflexiones: “Como toda ciudad se halla repartida en tribus municipales o en gremios de oficios, conviéndole guardar miramientos con estas corporaciones, reunirse a veces con ellas en sus juntas, y dar a estas ejemplo de humildad y de munificencia, conservando empero, inalterablemente la majestad de su clase, y cuidando que, en tales casos de popularidad, no se humille su dignidad regia en manera alguna” (XXI, 138).

Sobre la necesidad de no afectar el patrimonio de los gobernados, Maquiavelo indicó que “Lo que más que nada le haría odioso sería mostrarse rapaz, usurpando las propiedades de sus súbditos, o apoderándose de sus mujeres, de lo cual ha de abstenerse en absoluto. Mientras no se quite a la generalidad de los hombres sus bienes o su honra, vivirán como si estuvieran contentos...” (XIX, 113).

XIII. CONSEJOS SOBRE LAS CONSPIRACIONES

Sobre cómo evitar la conspiración contra el gobernante, Maquiavelo indico que “Es preciso que [el Príncipe] los mantenga en una tal opinión de su perspicacia, que ninguno de ellos abrigue el pensamiento de engañarle o de envolverle en intrigas. El príncipe logrará esto, si es muy estimado, pues difícilmente se conspira contra el que goza de mucha estimación” (XIX, 114).

Sobre determinar cuándo hay la conspiración contra el gobernante, Maquiavelo recordó que: “En relación con los gobernados podrá temer que se conspire ocultamente:” “Pero esté seguro de que ello no acaecerá, si evita ser aborrecido y despreciado, y si... logra la ventaja esencial de que el pueblo se muestre contento de gobernación;” “Por consiguiente, uno de los más poderosos preservativos de que contra las conspiraciones puede disponer el soberano, es no ser aborrecido y despreciado de sus súbditos, porque el conspirador no le alienta más que la esperanza de contentar al pueblo, haciendo perecer al príncipe” (XIX, 114): “[Si goza de]... la benevolencia del pueblo, es casi imposible que nadie sea lo bastante temerario para conspirar” (XIX, 115); “De donde se deduce que un príncipe debe inquietarse poco de las conspiraciones, cuando le manifiesta buena voluntad el pueblo, al paso que si éste le es contrario, y le odia, sóbranle motivos para temerlas en cualquier ocasión y de parte de cualquier individuo (XIX, 116).

Sobre los conspiradores, Maquiavelo observó lo siguiente: “La experiencia enseña que hubo muchas conspiraciones, y que pocas obtuvieron éxito, porque, no pudiendo obrar solo y por cuenta propia el que conspira, ha de asociarse únicamente a los que juzga descontentos” (XIX, 115); y “[Para que el conspirador] mantenga la palabra que dio a quien le inició en la conspiración será menester, o que sea un amigo suyo como hay pocos, o un enemigo irreconciliable del príncipe” (XIX, 115).

Sobre el arte de engañar con arte y sobre los que se dejan engañar, indicó que “Los hombres son tan simples, y se sujetan a la necesidad en tanto grado, que el que engaña con arte, halla siempre gente que se deje engañar” (XVIII, 110); y que “Fácil es hacerles creer una cosa, pero difícil hacerles persistir en su creencia” (VI, 50).

XIV. LOS PRÍNCIPES Y GOBERNANTES CUYAS EJECUTORIAS, OBSERVADAS POR MAQUIAVELO, FUERON LAS QUE DIERON ORIGEN A SUS CONSEJOS

La obra de Maquiavelo, en su formulación de consejos a los gobernantes, como se dijo, se basó en su observación de la conducta y acciones de los príncipes, contemporáneos con él o antiguos a través de la historia. Por ello, constantemente, en todos los capítulos de su obra, Maquiavelo hizo referencia

específica a los Príncipes de cuyas acciones y conductas dedujo los consejos que formuló.

Así, en el *Capítulo I* relativo a “De las varias clases de principados y del modo de adquirirlos” hizo referencia a Francisco Sforzia, respecto del ducado de Milán; y al Rey Alfonso V de Aragón, respecto del reino de Nápoles (1442).

En el *Capítulo II* en el que trató “De los principados hereditarios”, hizo referencia al duque de Ferrara y su resistencia contra los venecianos (1484), y al Papa Julio II (1510).

En el *Capítulo III* sobre “De los principados mixtos”, hizo referencia al Rey Luis XII de Francia, y a la ocupación de Milán por los franceses; a Ludovico, quien rescató Milán; al sultán de Turquía, respecto de Grecia; a Grecia respecto del reino de Macedonia; a los romanos, en guerra contra Filipo y a Antíoco de Grecia; al marqués de Mantua; al duque de Ferrara; al príncipe de Bolonia; los señores de Forli, Pésaro, Réminis, Camerino y Piombino; a los habitantes de Luca, de Pisa y de Siena, en relación con el Rey Luis XII de Francia; y al Papa Alejandro VI y a su hijo César Borgia, duque de Valentinois en relación con la Lombardía, la Romagna y el reino de Nápoles.

En el *Capítulo IV*, donde trata sobre el “Porque, ocupado el reino de Darío por Alejandro, no se rebeló contra sus sucesores después de su muerte”, hizo referencia a Darío y a Alejandro Magno y a la ocupación de Egipto y Asia Menor; al Sultán de Turquía y al Rey de Francia; y a las luchas de los romanos en Grecia.

En el *Capítulo V*, relativo a “De que manera deben gobernante los Estados que, antes de ocupados por un nuevo príncipe, se regían por leyes propias”, hizo referencia a los espartanos, al poseer Atenas y a Tebas; a los romanos, al poseer Capua, a Cartago y a Numancia; y a Pisa y su dominación por los florentinos.

En el *Capítulo VI*, sobre “De los principados que se adquieren por el valor personal y con las armas propias”, hizo referencia a Moisés, y su conversación con Dios, y a la liberación del pueblo de Israel oprimido por Egipto; a Ciro y a Rómulo, rey de Roma; y a Hierón, príncipe de Siracusa.

En el *Capítulo VII*, relativo a “De los principados nuevos que se adquieren, por la fortuna y con las armas ajenas”, hizo referencia a Darío, en relación con las ciudades de Iona y Helesponto; a Francisco Sforzia, duque de Milán; de nuevo a César Borgia, duque de Valentinois, hijo del Papa Alejandro VI; a Luis XII, Rey de Francia; al ducado de Urbino; a Ramiro d’Orco en la Romagna; a las ciudades de Pisa, Perusa, Biombino, Luca y Siena; y al Papa Julio II.

En el *Capítulo VIII*, donde trata “De los que llegaron a Príncipes por medio de maldades”, hizo referencia a Agatocles, en Siracusa, de Sicilia y al general cartaginés, Amilcar; a Oliverot de Fermo, su tío Juan Fogliani y al capitán Pablo Viteli y su sucesor Viterolo, en relación con la ciudad de Fermo; y de nuevo al Papa Alejandro VI y a su hijo César Borgia.

En el *Capítulo IX*, sobre “Del principado civil”, hizo referencia a los Graco, en Roma, y a Jorge Scali en Florencia.

En el *Capítulo X*, donde analizó “Cómo deben medirse las fuerzas de los principados”, hizo referencia a las ciudades alemanas y su libertad.

En el *Capítulo XI*, sobre “De los principados Eclesiásticos”, hizo referencia los Papas Alejandro VI, Julio II y León X, Sixto IV; de nuevo a César Borgia; a las cinco nacionalidades o Estados en que se hallaba políticamente distribuida Italia antes de la invasión de Carlos VIII, Rey de Francia: los Estados Pontificios, Venecia, al Reino de Nápoles, al ducado de Milán y Florencia.

En el *Capítulo XII*, que trata “De las diferentes clases de milicia y de los soldados mercenarios”, hizo referencia al Rey Carlos VIII de Francia; a Filipo de Macedonia, capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas; a la República de Milán; a la muerte del duque Felipe Visconti; a Jacobo y Francisco Sforzia de Milán; al Rey de Aragón; a la Reina Juana II de Nápoles; a Pablo Vitelli, Capitán de Florencia; al Capitán Carmagnola y al duque de Milán; a los Capitanes Bartolomé Coleoni de Bérgamo y a Roberto de San Severino; a Alberico de Como; a Carlos VIII y Luis XII de Francia y Fernando el Católico.

En el *Capítulo XIII*, relativo a “De los soldados auxiliares, mixtos y mercenarios”, hizo referencia al Rey Fernando de Aragón; al Papa Julio II; al

emperador de Constantinopla; nuevamente a César Borgia; a Hieron, de Siracusa; a Saúl, David y Goliat; a Carlos VII, padre Luis XI; y a Filipo, padre de Alejandro.

En el *Capítulo XIV*, sobre “De las obligaciones del príncipe en lo concerniente al arte de la guerra”, hizo referencia nuevamente a Francisco Sforzia, duque de Milán, a Alejandro Magno y a César; a Escipión; y a Ciro.

En el *Capítulo XVI*, donde trató “De la liberalidad y de la miseria”, hizo referencia al Papa Julio II; a Fernando, Rey de Aragón y de Castilla; a César; a Ciro y a Alejandro.

En el *Capítulo XVII*, relativo a “De la clemencia y de la severidad y si vale más ser amado que temido”, también hizo referencia a César Borgia en la Romaña; y a Favio y Escipión en Roma.

En el *Capítulo XVIII*, sobre “De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida”, hizo referencia a Aquiles, al Centauro Quirón; y al Papa Alejandro VI.

En el *Capítulo XIX*, donde trató de “El príncipe debe evitar ser aborrecido y despreciado”, hizo referencia a Nabis el Rey lacedemonio; a Aníbal Bentivoglio, príncipe de Bolonia y a su hijo Juan; y a su Juan; a los Cesares que se sucedieron en el imperio romano: Marco Aurelio, Cómodo, Pertinax, Juliano, Séptimo Severo, Caracalla, Máximo, Heliogábalo, Alejandro Severo y Maximiliano; y al Sultán de Turquía y al Sultán de Egipto.

En el *Capítulo XX*, relativo a “Si las fortalezas y otras muchas cosas que los príncipes hacen, son útiles o perjudiciales”, hizo referencia a las ciudades de Florencia, Pisa y Pistoia; a Pandolfo Petrucci, Príncipe de Siena; a Nicolás Viteli, en la ciudad de Castelo; a Guido Ubaldo, duque de Urbino; nuevamente a César Borgia; a los Bentivoglio en Bolonia; y a Francisco Sforzia en Milán.

En el *Capítulo XXI*, sobre de “Cómo debe conducirse un príncipe para adquirir consideración”, hizo referencia, extensa, por cierto, a Fernando V, Rey de Aragón y de España; a Barnabo Visconti de Milán; y a Antíco en Grecia.

En el *Capítulo XXII*, relativo a “De los Ministros o Secretarios de los Príncipes”, hizo referencia a Venafio, consejero de Petrucci, príncipe de Siena.

En el *Capítulo XXIII*, sobre “Cuando debe huirse de los aduladores”, hizo referencia al emperador Maximiliano, en cuya corte había estado.

En el *Capítulo XXIV*, relativo a “Porque muchos príncipes de Italia perdieron sus Estados”, hizo referencia a Filipo de Macedonia y al Rey de Nápoles.

En el *Capítulo XXV*, sobre el “Dominio que ejerce la fortuna en las cosas humanas, y cómo resistirla cuando es adversa”, hizo referencia al Papa Julio II, y sus acciones contra Bolonia.

Por último, en el *Capítulo XXVI*, donde trató de la “Exhortación para librar a Italia de los bárbaros”, que es el Capítulo final, hizo referencia a Moisés y la liberación del pueblo de Israel; y al Papa León X.

El lector interesado, por supuesto, puede tener acceso a la famosa obra de Maquiavelo, de la cual se han impreso numerosísimas ediciones. Es una obra corta que hay que leer directamente y también, entre líneas. He procurado sacar del texto todos los consejos que he encontrado, los que he sistematizado en la forma que mejor he pensado en provecho del lector. Pero estoy seguro que cada quién al leerla deducirá otros.

New York, diciembre 2021